

«LASTARRIA», por *Sady Zañartu*

Con este libro sobrio, limpio y macizo comenzamos a sacudirnos del incurable «portalismo» y del deprimente «quintralismo» que han acosado treinta años de la vida literaria chilena. La biografía y la historia, tanto como la literatura han sufrido esta verdadera endemia—fértil y productiva como una infección de aquellas producidas por hongos—no sin grave daño para el buen gusto y no sin perjuicio para la orientación ideológica nacional. Porque este «portalismo» y este «quintralismo» no son sino manifestaciones de un mismo mal, síntomas de un mismo clima espiritual. Lo que ambos personajes representaron es la misma época sádica y pasional en que lo pagano y lo místico se entremezclaban enredados en el látigo de un intocable y enfermizo principio de autoridad. La Lisperguer lo ejercía en sus haciendas; Portales en el país al cual manejó como a una hacienda. Y los que hoy cultivan estos dos «ismos» tan funestos para la vida de Chile, consciente o inconscientemente, están añorando los tiempos aquellos de procesión y toque de queda, de chingana y miriñaques, de varillazo y cepo para los nativos y de manos libres para una determinada casta en el gobierno. Y están propiciando su retorno. No de otra manera puede explicarse que una docena de «Portales» hayan salido de prensas chilenas en menos de cinco años. Se ha hecho de este político turbio, mezcla de comerciante, de chulo y de vesánico, un ideal de gobernante, un fetiche, un pequeño ídolo, olvidándose del juicio que sobre él pronunciaran, entre otros Vicuña Mackenna y José Victorino Lastarria.

Este último aparece en la perspectiva histórica como el antípoda del ex socio de la firma «Portales, Cea y Compañía» y del «manager» del Estanco de Tabacos. Nada hay en su vida que tenga, el menor parecido con la de aquél. De esto ya nos informó escuetamente Domingo Melfi en su obra en que los

reune para oponerlos precisamente. Ahora, de la obra de Zañartu, surge el autor de *Lecciones de política positiva* y *Recuerdos Literarios* en toda su humana grandeza, en su sencillez y retraimiento, en su estoica serenidad, en su honradez doctrinaria, en su honestidad política. Surge—como dice Ricardo A. Latcham en su substancioso prólogo—«un dor Victorino de carne y hueso, con aquellas irreductibles rebeliones de su espíritu que le impidieron afincarse en el mundo de los halagos y de las cortesanas, pero que lo hicieron excepcionalmente apto para ser indicado como un modelo de integridad moral a las generaciones actuales de nuestra patria».

Perseguido, expatriado, jamás se doblega. Y cuando llega al poder es para cumplir con su propia sentencia: «El que manda debe recordar que su única misión es servir». Maestro de Bilbao, fué, sin embargo, profundamente diferente en su conformación psíquica de su discípulo que era un temperamento mesiánico y casi místico en su filosofía libertaria». Lastarria era un conjunto de facultades en equilibrio, sin lirismos ni desbordes, pero hecho en cambio de recia trama pétrea, de bien templado metal. Siendo diplomático y estando en Buenos Aires, cúpole la triste suerte de recibir entre sus brazos la cabeza agonizante de su discípulo, el gran rebelde, que murió invocando el nombre de la patria y rogando ser traído en cualquier forma para morir en tierra chilena. Es este uno de los capítulos mejor logrados y más dramáticos de la interesantísima obra de Zañartu.

Lo que la política debe a Lastarria, al autor de *Constitución política*, de *Historia constitucional de medio siglo*, de *Elementos de Derecho Público Constitucional*, etc. aparece debidamente destacado por el biógrafo sin alterar el ritmo íntimo y humano de su gran reconstitución de aquél a quien él llama: «el hombre solo».

Lo mismo, lo que las letras chilenas recibieron como aporte suyo. Sin contar sus libros de «Miscelánea literaria», vemos

desfilan por estas páginas las inolvidables tertulias de «El alto del Puerto», la casa de Lastarria, a donde concurrían los forjadores de nuestra tradición y cultura: Isidoro Errázuriz, Alberto Blest Gana, Ambrosio Montt, Manuel Antonio Matta, Federico Errázuriz, Zorobabel Rodríguez, Miguel Cruchaga, etc.

Como sugestivo epígrafe de su libro, Zañartu ha colocado esta frase de su personaje: «El pueblo es el único que en la edad moderna debe hacer triunfar la idea nueva». Y ella es el más elocuente testimonio de la actualidad del prócer.

Lastarria luchó con heroísmo infatigable por reformar el viejo partido liberal, liberándolo de caudillejos y montoneras pipiolo-militares. A esa causa consagró lo mejor de sus energías. Su «Plan de reorganización del Partido Liberal» es un manifiesto cargado de intenso doctrinarismo y orientado con largo alcance profético.

Es también un precursor de las actuales tendencias de la literatura indoamericana; en sus *Recuerdos literarios* escribió: «Nuestra literatura debe sernos exclusivamente propia, debe ser enteramente nacional». Y esto escrito en la mitad del siglo XIX, cuando las letras españolas y en parte también las francesas eran las únicas cotizadas y cotizables en nuestro continente, debe de haber sonado a herejía monstruosa e imperdonable.

Terminamos este comentario motivado por el libro de Sady Zañartu con estas palabras apretadas y definitivas del propio autor: «La distancia y el tiempo han ido enaltecido y esclareciendo a Lastarria. Su verbo es el de todas las épocas del dolor humano, y hoy, más que ayer, aparece la conjugación «lastarriana» repitiendo la condición eterna de conciencia de la libertad».

Por esa condición eterna de conciencia de la libertad es que Lastarria surge desde el seno de nuestra historia patria frente a Portales, con el perfil impresionante de un gigante frente a un mísero pigmeo.—JUAN MARIN.